

Vigésimo tercero Domingo. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Mc 7,31-37

En tierra extranjera Jesús realiza uno de los signos 'soñados' por el profeta Isaías. La curación está narrada con detalles que podrían estar repitiendo ritos de iniciación cristiana: quien desee ser discípulo ha de sentir la necesidad de ser tocado por Jesús, de ser objeto de su oración y receptor de su orden, de abrirse a su escucha. Hacer oír al sordo y hablar al mudo es obra de Dios, de Quien se espera la salvación: no importa que estemos aún lejos, Dios viene a quien siente necesidad de Él. Y para sentirla, hay que sentir el propio mal como mal y como propio. Nadie espera lo que no necesita: Dios no es necesario a quien no lo echa en falta. Y no es indiferente que el milagro realizado haya sido posibilitar la escucha y abrir al diálogo a un hombre: de poco sirve que Dios quiera hablarnos, si nos cerramos en nuestro mutismo; vivimos más solos los creyentes, porque cultivamos esa sordera y esa mudez que nos libra de tenernos que poner a la escucha de Dios; el precio que pagamos por no hacernos responsables de nuestra obediencia es la incomunicación.

En aquel tiempo, ³¹dejó Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del lago de Galilea, atravesando la Decápolis. ³²Y le presentaron un sordo que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos.

³³Él, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. ³⁴Y, mirando al cielo, suspiró y le dijo:

«*Effetá*», esto es: «*Ábrete*.»

³⁵Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad.

³⁶Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. ³⁷Y en el colmo del asombro decían:

—«*Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos.*»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Tras curar a la hija de una pagana en tierras de Tiro y Sidón, Jesús se encamina de nuevo, atravesando la Decápolis (Mc 5,1), a Galilea (Mc 7,31), donde iniciará su subida a Jerusalén, su primer y último viaje a la Ciudad Santa (Mc 8,22-10,52). Durante este insólito tránsito por tierras paganas, Jesús no predicará el evangelio del reino pero sí hará milagros portentosos: sanará a una doncella (Mc 7,24-30) y a un sordomudo (Mc 7,31-37) y dará de comer a una gran muchedumbre (Mc 8,1-10). Recordando a Jesús, que no dejó de hacer el bien a también paganos, Marcos releva la universalidad de su misión y su carácter mesiánico (cfr. Is 35,5-6).

El episodio está narrado con vivacidad y precisión. No se sabe bien quién pide la curación, ciertamente no el enfermo. Pero la actuación de Jesús es contada con detalle: le han rogado solo que lo bendijera, imponiéndole las manos; Jesús no lo hace, hace mucho: lo aparta de todos, introduce los dedos en sus oídos, hace saliva y con ella toca la lengua, suspira conmovido y da una orden en arameo (Mc 7,33). Jesús se comporta como lo hacían los operadores de prodigios contemporáneos: para sanar al pagano imita el procedimiento de los curanderos paganos. La curación es inmediata (Mc 7,35): primero, cura el oído, raíz del mal; luego, libera la lengua. Que hable sin dificultad hace evidente el milagro.

La curación se operó en privado; y el silencio impuesto por Jesús debería mantener el portento en privado. Pero quien ha asistido a ella no puede callarse. La acción salvífica de Jesús, en contra incluso de su voluntad, debe darse a conocer: en Jesús el poder de Dios, caracterizado por hacerlo todo bien (cfr. Gn 1,31), es eficaz. Tanto como para dejar asombrados a los paganos y convertirlos en 'evangelizadores', anunciadores de quien con obrar hace presente la salvación de Dios.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Podríamos pensar que nada tiene que decirnos el relato que acabamos de escuchar; ¿tendrá algo que ver con nosotros, que, gracias a Dios, ni somos sordos ni nos hemos quedado mudos, el que Jesús curase un día a un sordomudo? Cuanto el evangelio nos acaba de recordar no es un cuento bonito, sino la manifestación de cuanto Dios estaría dispuesto a hacer con cada uno de nosotros, si nos atreviéramos a presentarnos ante Jesús tal como somos. De los milagros de Jesús no debería sorprendernos tanto su extraordinaria singularidad ni el evidente poder que demuestran: sus prodigios fueron, antes que nada, efecto de la simpatía y misericordia que en él despertaban cuantos a él acudían padeciendo alguna necesidad. Lo que pudo hacer una vez, puede repetirlo siempre; bastaría que nos acercáramos conscientes, como el sordomudo aquel, de nuestros propios males.

Bien poco le costó al sordomudo ser curado por Jesús. Es lo primero que deberíamos advertir: se dejó llevar por otros ante él y no dijo ni palabra cuando estuvo en su presencia. Fueron sus conocidos quienes quisieron presentárselo a Jesús que venía de camino y quienes le pidieron en su nombre que le impusiera las manos; él aceptó de buen grado todo cuanto los demás hacían en su nombre. Más que su propio interés fue la compasión de cuantos le rodeaban lo que logró su curación.

Si para que Jesús obre milagro le basta con que le presenten a quien lo necesita, no se entiende bien cómo, a fin de cuentas, logra hacer tan poco entre nosotros. ¿O es que no conocemos a alguien, familiar o amigo, que necesite algo de Jesús?; ¿es que no hay entre quienes queremos nadie que esté empeñado en no hablarse con Dios o que no se sienta dispuesto a escucharle? ¿A qué esperamos, entonces, para conducirlo ante él y rogarle le imponga sus manos y le abra labios y corazón? ¿Por qué respetamos a cuantos más queremos tanto como para dejarlos solos con sus males, si Jesús podría sanarlos inmediatamente con tal de que se los presentáramos? De no haber sido por los que lo llevaron a Jesús, el sordomudo nunca se hubiera encontrado nunca con él ni se hubiera encontrado un buen día del todo curado.

Presentado que le fue el sordomudo, Jesús no perdió mucho tiempo en sanarlo: "*miró al cielo, suspiró y dijo: 'ábrete'*". Más que los oídos ese mandato sanó de raíz al hombre, pues le salvó de la soledad radical de quien vive sin poder comunicarse con sus semejantes. Metiéndole los dedos en los oídos y tocándole con la saliva la lengua tomaba Jesús en serio la causa de sus males; devolviéndoles su natural capacidad devolvió al hombre a la comunidad. Si la sordera y la mudez lo había condenado al aislamiento y a la marginación, el milagro de Jesús le devolvió su dignidad humana. Una tal actuación de Jesús podría parecer insignificante: sólo quien menosprecia la capacidad de intercomunicación que Dios ha concedido al hombre no sabrá apreciar la grandeza de este milagro. Sólo quien se empeña en permanecer, ante Dios y frente a su prójimo, sordo y mudo, quien alimenta la soledad y rehúye la comunicación, no entenderá bien cómo devolviéndonos la escucha y la palabra Jesús pueda salvarnos de los peores males.

Y es que, aunque parezca mentira, vivimos hoy en un mundo enfermo, porque abunda en ruidos y anda escaso de palabras; un mundo, en el que todos hablan y pocos escuchan, no está sano; hay inflación de discursos pero faltan verdaderos oyentes. Todos tendríamos mucho que decir a los demás, pero no encontramos tiempo para escucharles. Y enfermamos todos un poco cuando no nos sentimos, en el fondo de nosotros mismos, escuchados, atendidos; desatendemos a nuestro prójimo, cerrando oídos y entrañas, a sus necesidades. Y lo que sucede en nuestra relación con los demás no difiere mucho de lo que acontece en nuestra relación con Dios. Nos defendemos de Él, prestándole apenas atención y nos sentimos de Él desatendidos, al no dedicar tiempo ni energías en comunicarnos con Él. Nos estamos convirtiendo, cada día más y a pesar de lo mucho, y bien, que hablamos, en hombres que no se escuchan, que se desconocen, y en creyentes que no hablan con su Dios, que lo desconocen. Porque falta gente con capacidad de escucha y con voluntad de comunicación, porque abundan entre nosotros los sordos y los mudos, el mundo está volviéndose menos humano y nuestro Dios más desatendido.

Hoy deberíamos sentir dirigido a nosotros, a nuestros labios y a nuestros oídos, el mandato de Jesús que obró el milagro: "*¡ábrete!*". Jesús sigue queriendo hacer de nosotros hombres capaces de escuchar y creyentes que sepan comunicarse; el hombre sanado por Jesús no puede ser un hombre incomunicado, sin nada que decir y poco que aprender. No tener nada que decir a los demás sería dudar de Dios, que nos dio la palabra y nos quiso capaces de diálogo, a su imagen y semejanza; creer que los demás no merecen nuestra atención supondría tanto como ignorar que Dios nos ha puesto al lado personas para que, abriéndonos a ellas, nos salvemos de nosotros mismos y de nuestro pequeño mundo. Encontrarse con Jesús lleva a reencontrar la palabra y la voluntad de escucha: nadie que es presentado a Jesús vuelve a presentarse a su prójimo cerrado a la comunicación y al diálogo; el hombre radicalmente sano es un hombre libre en su hablar y liberado para escuchar.

Que en nuestros días nos escuchemos cada vez menos, no es simple casualidad: una comunidad, civil o familiar, que no soporte el diálogo interpersonal es poco humana, además de no ser ya cristiana. Aquí tenemos los discípulos de Jesús, probablemente, una de las tareas más urgentes que realizar para sanar de raíz nuestra sociedad, en especial nuestras familias. Deberíamos ser como aquellos hombres que llevaron al sordomudo a Jesús: no esperaron a que él se lo pidiera, les bastó saber que Jesús pasaba para presentárselo y así lo salvaron de su silencio y de la incomunicación; toparse con Jesús devolvió al sordomudo la palabra y la escucha. Cuanto más presente esté Jesús en la vida de nuestros amigos y familiares, tanta mayor será su capacidad de comunicación con nosotros. Con frecuencia solemos quejarnos de no ser tenidos en cuenta, incluso por quienes más amamos, nos duele nuestra aparente insignificancia precisamente ante quienes más significan para nosotros: busquemos entre los nuestros a quien se atreva y nos presente ante Jesús. Nuestra incapacidad le moverá a compasión, como le sucedió con el sordomudo, y nos devolverá la escucha y la palabra. Nadie que se haya encontrado realmente con Jesús, por más incapacitado que estuviera, ha regresado a su mutismo anterior: Cristo sana al hombre que lo encuentra devolviéndolo a la comunidad con ganas de hablar y voluntad de escuchar.

Una vez curado, el sordomudo se lanzó a proclamar cuanto le había sucedido, contrariando incluso el mandato expreso de Jesús de guardar silencio. No pudo guardar para sí lo que Jesús le había procurado: verse libre de su mudez, lo convirtió en predicador. No quiso silenciar el milagro, pues lo que Dios había hecho en él no le pertenecía; convirtió su experiencia personal en contenido de su proclamación de Cristo. Hablar más de lo que Dios actúa en nosotros, del bien que nos está haciendo, nos libraría de la mudez en que vivimos y nos daría motivos para conversar con los demás.

Y es que, ayer como hoy, quien ha conocido a Cristo y se ha sentido por él sanado, no logrará callárselo. Quien ha sido liberado de su silencio, arriesgará incluso la obediencia debida con tal de decir su experiencia. Necesitamos hoy de hombres que sepan comunicarse, que quieran decirnos su vida y la empleen para escucharnos. Necesitamos de creyentes abiertos, que creen comunidades donde la palabra no se niegue a nadie y donde la atención esté asegurada. Si nuestra

iglesia, a todos los niveles, no logra ser una comunidad abierta, un lugar para la escucha del otro, no será una comunidad sana ni, muchos menos, podrá considerarse cristiana.